

discusiones ajenas de este lugar, y demasiado metafísicas para principiantes. Los que quieren profundizar estas cuestiones, pueden leer á Blair y á Burke; pero lleven entendido que estas indagaciones son, como ya se ha indicado, mas bien filosóficas que literarias, y mas curiosas que útiles. Porque aun cuando se probase (cosa muy difícil) que el gran poder, la vasta extension, el peligro, ó cualquiera otra cosa, es la fuente de la sublimidad; nada habríamos adelantado para encontrar pensamientos sublimes, ni para expresarlos con toda su fuerza, que es lo importante en el *Arte de hablar*.

LIBRO II.

DE LAS VARIAS FORMAS BAJO LAS CUALES PODEMOS PRESENTAR LOS PENSAMIENTOS.

Sabida cosa es que los cuerpos, aun cuando estén formados de la misma materia, se distinguen entre sí por su forma exterior, es decir, por la situacion relativa de las partes de que se componen. Así, un cubo y una esfera, ambos de oro, se distinguen perfectamente á la vista ó al tacto; pues aunque su materia sea la misma, no lo es su forma. Empleada pues esta voz para designar aquello en que los pensamientos se diferencian entre sí, se deja entender que significará, *aquella manera particular con que nos es presentado cada uno, la cual hace que los distingamos unos de otros, aun prescindiendo de las ideas de que se componen y de los signos con que están expresados*; y lo que es mas, aun en el caso de que consten de unas mismas ideas, y estén enunciadas estas por unas mismas voces. Por ejemplo, en los pensamientos contenidos en estas dos frases, *vino Pedro* (afirmacion), vino Pedro? (interrogacion), las ideas de que constan son idénticas, y lo son tambien las palabras que les enuncian; pero no lo es su forma ó la manera con que están presentados. La forma del primero es afirmativa, y la del segundo interrogativa. Por este solo ejemplo se puede venir en conocimiento de lo que son las formas, ó como vulgarmente se dice, las *figuras* de los pensamientos, y de que su número ha de ser infinitamente menor que el de estos, porque bajo la forma afirmativa, verbi gracia,

se pueden proponer millones. Esta es una cosa clara y sencilla, que los gramáticos y los retóricos han hecho casi ininteligible. Segun ellos, es *si figura* aquella cierta cosa en que se distinguen los pensamientos unos de otros, aun prescindiendo de las expresiones que los representan; y hasta aquí se han explicado con exactitud; pero han embrollado la materia, cuando han dado tambien el nombre de *figuras* á todas las alteraciones hechas en lo material de las voces, en su pronunciacion, sintáxis, coordinacion oratoria y significacion; y cuando han distinguido en consecuencia seis clases de figuras llamadas de *metaplasmo* ó *dicción*, de *prosodia*, de *sintáxis* ó *construccion*, de *significacion*, ó *tropos*; de *palabra* ó *elocucion*, y de *sentencia* ó *estilo*; pues cualquiera que sepa lo que significan estos nombres, conocerá que solo las últimas, es decir, las de *sentencia*, deben llamarse *figuras*; que las de *dicción*, *prosodia* y *sintáxis* no son otra cosa que ciertas licencias, esto es, trasgresiones de los preceptos gramaticales, permitidas en ciertos casos: que las de *significacion* son otra especie de licencia que á veces nos tomamos de variar la acepcion usual de algunas palabras: que las de *elocucion* no son tampoco mas que ciertas maneras elegantes de combinar las expresiones; y que de todos modos nada tienen que ver semejantes licencias ni elegancias con aquello que nos hace distinguir los pensamientos considerados en sí mismos, que es lo único á que racionalmente puede darse el nombre de *forma* ó *figura*, por cierta analogía que tiene con lo que en los cuerpos se llama con este nombre. Por consiguiente, abandonando á los gramáticos sus licencias, ó si quieren, sus figuras de metaplasmo, prosodia y sintáxis; reservando tratar de los tropos para cuando hablemos de las expresiones, porque en efecto no son otra cosa que expresiones de cierta clase; y dejando las elegancias de elocucion para el tratado de la composicion de las cláusulas, que es adonde pertenecen, solo debo hablar ahora de las verdaderas y legítimas figuras, que son las de *sentencia* ó *pensamiento*.

Limitándome pues á estas, fácil es conocer que las diferentes formas bajo las cuales presentamos los pensamientos, resultan, ó de su misma naturaleza, ó de la situacion moral y la intencion del que habla. En efecto, estamos viendo á cada paso en nosotros mismos que de distinta manera combinamos nuestras ideas, cuando queremos representar por medio del lenguaje las imágenes de los objetos trazados en nuestra imagi-

nacion, y cuando deseamos enunciar simples reflexiones ó racionios : cuando hablamos en estado de tranquilidad interior, y cuando desahogamos nuestro corazon haciendo sentir á los demas los varios afectos que nos agitan : cuando queremos comunicar un pensamiento abierta, franca y directamente, y cuando deseamos presentarle con cierto disfraz y de una manera oblicua. De estos principios, cuya verdad no me detendré á probar porque me parecen evidentes é incontestables, resulta que las formas todas de los pensamientos se reducen necesariamente á cuatro clases generales : 1.ª las que empleamos para dar á conocer los objetos en sí mismos : 2.ª las que usamos para comunicar simples racionios : 3.ª las que sirven para expresar las pasiones, y 4.ª las que pueden adoptarse para presentar los pensamientos con cierto disfraz ó disimulo, cuando así convenga. De esta clasificacion resulta ademas con toda claridad lo que son las formas de los pensamientos ; pues se ve que en suma son *las varias modificaciones que estos reciben de la imaginacion, la razon, la situacion moral y la intencion del que habla.*

CAPITULO PRIMERO.

DE LAS FORMAS PROPIAS PARA DAR Á CONOCER LOS OBJETOS.

Todas las de esta clase pueden reducirse á dos especies, porque si el objeto es único, se le *describe*, si son varios, se *enumeran*. La forma que en ambos casos toma el pensamiento, se llama en consecuencia y con toda propiedad, en el primero *descripcion*, en el segundo *enumeracion*.

ARTÍCULO PRIMERO.

De la descripcion y sus varias especies.

Consiste, como su nombre mismo lo indica, en que no contentos con nombrar un objeto, le hacemos visible en cierto modo individualizando sus propiedades y circunstancias. Los objetos que se pueden describir, son : los seres abstractos no personificados, los objetos materiales inanimados, los hechos ó sucesos pasados, los acontecimientos futuros, las épocas del tiempo, los sitios, lugares ó parajes ; el exterior de una persona verdadera ó ficticia, sus cualidades morales y las de una clase entera. Daré ejemplos de todas estas varias descripciones,

porque, así como introducidas con oportunidad y estando bien hechas, son el principal adorno de las obras en verso, y hasta cierto punto aun de las de prosa ; así tambien, cuando están fuera de su lugar ó hechas con poco gusto, son el borron mas feo de cualquier composicion.

Seres abstractos.

Estos se describen enumerando sus causas y sus efectos. Así Ciceron (*pro Marcello*) para describir la gloria enumera sus causas. « Es, dice, una brillante y muy extendida fama que el hombre adquiere por haber hecho muchos y grandes servicios, ó á los particulares, ó á su patria, ó á todo el género humano. » *Gloria est illustris ac pervagata multorum et magnorum, vel in suos, vel in patriam, vel in omne genus hominum fama meritorum.* Qué verdad ! Ningun filósofo ha definido mejor la gloria. Nótese la bien observada gradacion, *suos, patriam, omne genus hominum.* En efecto, glorioso es ser útil á sus conocidos, amigos ó parientes, en suma, á varios individuos ; pero mas lo es haber hecho grandes servicios á la totalidad de sus conciudadanos, y gloriosísimo hacérselos á todo el género humano. Cervantes en la tercera parte del *Quijote*, capítulo 9, copiando casi literalmente otro pasaje del mismo Ciceron, describe la Historia individualizando sus efectos. « Es, dice, madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir. El maestro Pérez de Oliva, en el *Diálogo de la dignidad del hombre*, describió tambien por los efectos la sabiduría diciendo : *Esta nos da en el ánimo templanza, alumbra al entendimiento, concierta la voluntad, ordena el mundo, y muestra á cada uno el oficio de su estado. Esta es reina y señora de todas las virtudes ; esta enseña la justicia y templa la fortaleza ; por ella reinan los reyes y gobiernan los principes, y ella halló las leyes con que se rigen los hombres.*

Acerca de estas definiciones oratorias basta prevenir que sean verdaderas y concisas ; y que los efectos que se atribuyan al objeto definido, ó las causas que se le asignen, le sean peculiares, ó no pertenezcan á otros. Tales son las dos de Ciceron : la del maestro Oliva es algo defectuosa en esta parte, porque dice de la sabiduría cosas que convienen mas bien á la virtud en general y á la prudencia en particular. Se

ve que toma la palabra *sabiduría* en un sentido muy vago, y no precisa bien lo que es peculiar de ella, con exclusion de las otras prendas intelectuales y morales del hombre.

Seres ú objetos materiales inanimados.

El mismo Cervantes, en el capítulo 16, describe así graciosamente la cama que á D. Quijote le dieron en la venta cuando llegó apaleado por los yangüeses. Solo contenia, dice, *cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodosques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro; y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos si se quisieran contar, no se perderia uno de la cuenta.*

Acerca de estas tampoco es necesario encargar sino que sean fieles y animadas, es decir, que nos pongan á la vista el objeto con tanta puntualidad, y le retraten tan al vivo que nos parezca que le estamos viendo. Tal es la de Cervantes, y por ser esta tan buena, es inútil citar otras. Malas se hallan á cada paso en los escritores que no tuvieron tanta habilidad para pintar, como el autor del *Quijote*.

Hechos ó sucesos pasados, sean verdaderos, sean fingidos.

Tambien nos dará Cervantes un modelo. En el capítulo 9 describe así la batalla de D. Quijote con el vizcaino: *Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el desnudo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargur el golpe, fué el colérico vizcaino, el qual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérselo la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho. ¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el*

corazon de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaino, acertándole de lleno sobre el almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca, y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero con todo esto sacó los piés de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra.

Estas breves y sueltas narraciones, que ó hacen parte de una historia ó se insertan en obras que no son narrativas, están sujetas á las leyes generales de toda narracion, de las cuales se tratará mas adelante.

Sucesos futuros.

Ciceron, en la 4.^a *Catilinaria*, presenta un bellissimo ejemplo de esta especie de descripcion, pintando un suceso que no se habia verificado aun ni llegó á verificarse, á saber; el incendio de Roma por los conjurados. Dice así: « Me parece que veo á esta ciudad, la lumbrera del orbe, alcázar de todas las naciones, ardiendo de repente por todos lados, y arruinándose: se: mi imaginacion me representa montones de miseros ciudadanos insepultos entre las ruinas de la patria; y estoy mirando el semblante furioso de Cethego, loco ya de alegría al veros á vosotros degollados. » *Videor mihi hanc urbem videre, lucem orbis terrarum, atque arcem omnium gentium, subito uno incendio concidentem: cerno animo sepultá in patriá miseros, atque insepultos acervos civium: versatur mihi ante oculos aspectus Cethegi, el furor in vestra cede bachantis.* Lástima es que en un pasaje vehemente, y en medio del verdadero lenguaje de una imaginacion acalorada, tropeemos con aquella estudiada contraposicion, *sepultá in patriá.... insepultos acervos civium*, que en la traduccion he cuidado de evitar.

Ya se deja entender que esta especie de raptos, por los cuales nos trasladamos en imaginacion á ver y pintar sucesos que aun no han llegado, no pueden emplearse con oportuni-

dad y verosimilitud, sino cuando la fantasía del escritor se supone muy conmovida y acalorada. Tal es la situación en que Ciceron se hallaba cuando aventuró el que acabamos de ver.

Una época del tiempo.

Queriendo Virgilio hacer resaltar el estado de agitación en que se hallaba Dido, al hacer los preparativos para quitarse la vida, describe la tranquilidad apacible de aquella fatal noche en estos hermosísimos versos.

*Nox erat, et placidum carpebant fessa soporem
Corpora per terras: silvæque, et sæva quierant
Æquora; cum medio volvuntur sidera lapsu,
Cum tacet omnis ager; pecudes, pictæque volucres,
Quæque lacus late líquidos, quæque aspera dumis
Rura tenent, somno posite sub nocte silenti,
Lenibant curas et corda oblita laborum.
At non infelix animi Phænissa, etc.*

Era la noche y hora en que los astros
Están en la mitad de su carrera;
Y los mortales en el orbe todo,
Rendidos del trabajo á la fatiga,
De plácido reposo disfrutaban.
El viento no agitaba las florestas,
El turbulento mar estaba en calma,
Y en silencio los campos. Los ganados,
Y las pintadas aves, así aquellas
Que moran en las líquidas lagunas,
Como las que se albergan en terrenos
Erizados de espesos matorrales,
En los brazos del sueño *sus amores*
Olvidaban, y el hombre sus cuidados:
¡Alto don de la noche silenciosa!
No así Dido infeliz, etc.

En la traducción de los últimos versos me he tomado alguna libertad, porque (sea dicho con todo el respeto que se merece un poeta como Virgilio, y con toda la desconfianza que cualquiera debe tener al criticarle) lo de *lenibant curas*, referido á los animales, no es muy exacto; y estoy por creer que aquí falta un verso, en el cual, volviendo á los hombres, dijese el poeta que con el sueño olvidaban sus cuidados y reparaban sus fuerzas. Por esto he dicho de los animales, que mientras duermen, olvidan sus amores, y he referido los *cuidados* al hombre, que es de quien puede decirse con propiedad, que los tiene y los olvida, mientras duerme. Sea de esto lo que fuere, veamos ahora el mismo cuadro trazado por otro poeta, y se

observará prácticamente la diferencia que hay entre un escritor de fino y delicado gusto, y otro que no le tiene tan puro, aunque por otra parte sea hombre de gran talento, agudo ingenio, y mucha doctrina. Este es nuestro Quevedo, que en la silva *Al sueño*, queriendo imitar este pasaje de Virgilio, dice:

Con piés torpes al punto, *ciega y fría*,
Cayó de las estrellas blandamente
La noche tras las *pardas* sombras *mudas*,
Que el sueño persuadieron á la gente.
Escondieron las galas á los prados,
Estas laderas, y sus *peñas* solas
Duermen ya entre sus montes recostados.
Los mares y las olas
Si con algun acento
Ofenden las orejas,
Es que *entre sueños dan al cielo quejas*
Del *yerto lecho* y *duro acogimiento*
Que *blandos* hallan en los cerros *duros*.
Los arroyuelos puros
Se adormecen al son del llanto mio,
Y á su modo tambien se duerme el rio.

Con sosiego agradable
Se dejan poseer de tí (1) las flores;
Mudos están los males,
No hay cuidado que hable,
Faltan lenguas y voz á los dolores;
Y en todos los mortales
Yace la vida envuelta en alto olvido:
Tan solo mi gemido
Pierde el respeto á tu silencio santo, etc.

Omitiendo por ahora algunos descuidillos que se pueden notar en este pasaje de Quevedo (y no es el peor que se halla en sus obras) observaremos solamente, que aquello de que *las peñas duermen*, es impropio. Por cierta razón, que á su tiempo veremos, se dice que duermen aquellas cosas que, estando ordinariamente en agitación, como las aguas corrientes ó las olas del mar, quedan alguna vez paradas ó quietas; pero las peñas, que nunca se mueven ni pueden ser agitadas por el viento, ¿cómo han de dormir porque sea de noche? ¿No vió el buen Quevedo que tan dormidas están á las doce del día, como á las dos de la mañana? ¿Y qué diremos de aquellos mares y aquellas olas, que *entre sueños dan quejas al cielo*, de que siende ellos *blandos*, hallan en los cerros *duros* un *lecho yerto* y un *duro acogimiento*; lo cual, traducido en racional, quiere de-

1. Habla con el sueño. Nota del autor.

cir, que el mar estaba tan en calma, que solo se oia el ligero ruido que sus mansas olas hacian en las peñas de la orilla? ¿Puede alambicarse mas un pensamiento, ni expresarse con mas afectacion? Y en Virgilio ¿hay algo que se parezca á esto? Nada. Las mismas ideas en el fondo ¡con cuanta sencillez y verdad están expresadas! *el borrascoso mar en calma, los campos en silencio, los hombres que rendidos del trabajo gozan ya de plácido reposo, los animales mismos entregados al descanso, la noche silenciosa, los astros en la mitad de su carrera*; hé aquí un cuadro perfecto: el de Quevedo tiene algunos horrones.

Edificios, sitios, paisajes.

Descripciones de esta clase se hallan á cada paso en los poetas. Virgilio tiene en el libro I. la del puerto cerca de Cartago, adonde, pasada la tormenta, llegó Enéas con parte de sus naves; en el VI. la de los Campos Eliseos, y en todas sus obras otras varias que seria largo copiar; pero que todo poeta debe leer y releer. Homero tiene muchas bellísimas por su concision, exactitud y sencillez, que igualmente omitiré, porque lo importante en este punto no es acumular ejemplos, sino prevenir á los escritores, particularmente á los poetas, que se guarden mucho de una manía muy comun en los que no han tenido un gusto tan puro como Virgilio y Homero: la de querer describir todos los objetos de que hablan, creyendo que la poesía consiste en hacinar unas sobre otras sin discernimiento alguno, prolijas, hinchadas, inoportunas, monótonas y trivialísimas descripciones. Cuando uno de los grandes maestros nos ha descrito ya, por ejemplo, una verde y amena pradera esmaltada de flores, rodeada de frondosos y entretrejidos árboles que apenas dejan paso por entre sus ramas á los ardientes rayos del sol, y regada por las cristalinas aguas de un manso arroyuelo, etc., etc., es inútil que los demas, siempre que hablen de prados, nos repitan la misma descripcion, ó que procurando variarla, la echen á perder con alguna añadidura impertinente ó impropia. Boileau censuró ya juiciosamente en su *Arte poética* esta pueril manía de querer describir menudamente todos los objetos. Y aunque él aludia á Escudery y otros poetas franceses, parece que habla de nuestros épicos, y señaladamente de Balbuena en su *Bernardo*. Ningun poeta antiguo ni moderno ha tenido igual prurito de describir; pero

entre sus innumerables y larguísimas descripciones no hay una sola que sea perfecta y oportuna, y esté ceñida á los límites que señalan el arte y el buen gusto. Al contrario, todas ellas son ó intempestivas ó redundantes; y sus bellezas, si alguna tienen, están siempre mezcladas con notables defectos, ya en los pensamientos, ya en la manera de expresarlos. Para que la descripcion de un objeto material sea buena, suponiendo que esté introducida con oportunidad, ha de ser tal que un pintor pueda por ella hacer un cuadro que represente el objeto descrito; y en efecto, tales son las de Virgilio, y las de los buenos poetas. Pues si por este principio hemos de juzgar las de Balbuena, ¿cuál será la que pueda contentar á un hombre de buen gusto? ¿Qué pintor, por ejemplo, podrá representar en un cuadro el castillo de la Fama por la descripcion de Balbuena, que empieza así?

Entre la tierra, el cielo, el mar y el viento
Un soberbio castillo está labrado;
Que aunque de huecos aires su cimiento
Y en frágiles palabras amasado,
Basa no tiene de mayor asiento
El mundo, ni los cielos se le han dado;
Pues solo á él y su muralla fuerte
No ha podido escalar ni entrar la muerte.

Dejemos las siete mortales octavas que siguen, que son del mismo jaez, y en las cuales está mezclada la pintura de la Fama con la descripcion de su palacio ó castillo; y dígasenos, si habrá en el mundo, no digo un pintor que pueda dibujar sobre la tela, pero ni un hombre que pueda representarse en su imaginacion un castillo labrado entre la tierra, el cielo, el mar y el viento (¿Qué sitio será este? Serán los espacios imaginarios.), cuyo cimiento es de huecos aires, y el cual está amasado en frágiles palabras. Los mas disparatados sueños de un enfermo, como Horacio llamó á extravagancias ménos absurdas, han de ser por necesidad mas concertados y coherentes, porque la imaginacion mas delirante no puede forjar un objeto monstruoso, sino reuniendo partes materiales y visibles, de las cuales podemos formar idea. Mas de un edificio amasado de palabras y de un cimiento de aire hueco ¿quién se la formará?

Descripcion del exterior de una persona verdadera.

Es la de un hombre, una mujer, un ángel, si se aparece en

forma humana, y aun los animales, aunque á estos no se puede dar en rigor filosófico el título de *persona*. Ciceron, en la oracion *Post reditum in senatu*, describe así el exterior del cónsul Gabinio, cuando se presentó al pueblo para apoyar la ley del tribuno Clodio, por la cual se desterraba á Ciceron. « Presentóse, dice, el respetable y majestuoso varon (ironía) « soñoliento, embriagado, débil y pálido por sus lascivos desórdenes, el cabello bañado en olorosos unguentos y rizado hacia la frente, los ojos cargados, los carrillos caidos, la voz baluciente como de un beodo, etc. » *Primum processit (quá auctoritate vir!) vini, somnii, stupri plenus, madente comá, composito capillo, gravibus oculis, fluentibus buccis, pressá voce et temulentá*. Cervántes tiene en este género algunas bellísimas; por ejemplo la de Maritórnes (*Quijote*, part. I, cap. 46). *Servia*, dice, *en la venta una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, de un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardia del cuerpo suplía las demas faltas; no tenia siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera*. Obsérvese que en esta descripción, por ser jocosa, y por serlo el tono de la obra, vienen bien algunas expresiones familiares y aun bajas, como *cogote, tuerta, roma*; pero no seria lo mismo en una descripción seria, y en una composicion que exigiese tono elevado. No es ni con mucho tan perfecta, aunque tiene rasgos muy bellos, esta de Lope (*Jerusalen*, lib. II). Describe la persona de Saladino, y dice:

Adornada de un negro remolino
Cual novillo feroz tostado y hosco,
La frente, de un color trigueño oscuro,
Era en su torre el mas soberbio muro.

Pobladas cejas, ojos negros graves,
Sangrientas niñas de color fogosa;
Corva nariz (por Ciro, ó por las aves,
Símbolo del Imperio, en Persia hermosa);
Cercaba las mejillas insuaves
Hispida barba, rígida y cerdosa;
Los bigotes, que en punta se adelgazan,
Los ojos con ser suyos amenazan.

La gruesa boca alegre descubria
Bien puestos dientes; grueso y alto cuello,
Dispuesto cuerpo, y miembros que podia
La escultura medir del pié al cabello.

Ya he dicho que en Lope casi siempre se hallan mezcladas bellezas, tal vez de primer orden, con faltas groseras que hoy evitaria un principiante; efecto del mal gusto que dominaba en su tiempo. Aquí tenemos otra prueba, y cada página suya las ofrece. Al lado de algunas bien entendidas pinceladas, como *pobladas cejas, ojos negros graves, hispida barba, rígida y cerdosa; grueso y alto cuello*; tenemos una frente que en la torre de Saladino es el mas alto muro; unos bigotes que amenazan á los ojos aunque son *suyos*, y la pedantesca observacion hecha al paso de que la nariz corva se tenia en Persia por hermosa, ó porque así era la de Ciro, ó porque es corvo el pico del águila, símbolo del Imperio.

En confirmacion de lo que he dicho acerca de las descripciones de Balbuena, copiaré otra suya. Es la de la hechicera Arleta, cuando por medio de sus encantos se muestra á Ferragut con el exterior de una sin igual belleza: está en el libro VII, y dice así:

De poca edad y mucha hermosura
Niña de alegre gusto parecia;
La frente un claro cielo, en cuya altura
Sobre la nieve el sol resplandecia;
De gentil cuerpo y agradable hechura,
El rostro del color que nace el día,
La garganta gentil, y el blanco pecho
De frescas rosas y jazmines hecho.

Dado al descuido un nudo en el cabello,
Donde el sutil amor quedó enredado,
Para hacer lazos y marañas de ello
Y el pensamiento atar al mas delgado;
Dos arcos de un dorado y sutil vello,
De cien flechas y mas cada uno armado,
Que van volando y dan en las entrañas,
Al mover de las cejas y pestañas.

Dos mayos de azucenas y claveles
En un verano, son sus dos mejillas;
Sus dulces labios de coral, ríeles
Con que ríe el placer por sus orillas:
De aljofarados dientes dos cáireles,
Y en cada uno un millon de maravillas:
Verdes sus ojos, y sus luces bellas
Mil soles, que son poco mil estrellas.

Aquí, á excepcion de tres ó cuatro rasgos bien dibujados y que pudieran entrar en una buena descripción, todo lo demas es bambolla, hinchazon, mal gusto, impropiedad y algarabía. Una frente que es un claro cielo, en cuya altura res-

plandece el sol sobre la nieve, sin duda para decir, que siendo la frente blanca, el cabello era rubio; un nudo dado en el cabello, en cuyo nudo el sutil amor quedó enredado para hacer lazos y marañas *de ello* (la gramática exigía *de él*), y atar el pensamiento al mas delgado (¿Qué quiere decir esto? ¿quién es el mas delgado?); unos arcos de vello, armados de cien flechas y mas, unos labios que son *rieles* con que el placer *rie* por sus orillas; unos caireles de dientes, en cada uno de los cuales hay un millon de maravillas; unos ojos *verdes* (Qué hermosos serian!), cuyas luces bellas son mil soles (No era malo, si cada uno de ellos era un sol; pero mil? ¿quién podría resistir tanta luz y tanto calor?), porque mil estrellas son poco: dos mejillas que son dos mayos de azucenas y claveles en un verano; y lo demas que he omitido por evitar prolijidad; ¿es esto, no digo, describir poéticamente, pero ni siquiera hablar como racional? Por el contrario, veamos todavía otra del inmortal Cervantes, que en el prólogo del *Quijote* describe así el exterior y ademan de un escritor pensativo: *Muchas veces tomé la pluma para escribilla* (la prefacion), *y muchas la dejé por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró á deshora un amigo mio*, etc. Hé aquí un cuadro acabado, que un pintor puede inmediatamente trasladar á la tela; hé aquí lo que se llama describir con verdad y copiar la naturaleza; hé aquí el hombre que tenia gran talento para describir, y que en esta prenda y otras muchas de las que constituyen un escritor, no conoce igual entre nosotros. Léanse tantas descripciones de todas clases como hay en sus obras, y se verá que ninguno de nuestros autores de prosa ó verso puede competir con él en el talento de pintar. Por eso es el mejor y el primero de nuestros escritores. Porque, no lo dudemos, este arte de poner á la vista del lector los objetos con tanta verdad y tan al vivo como si estuviesen presentes, es el secreto de los grandes maestros; es un talento raro y precioso, que no se suple con relumbrones, palabrotas de pié y medio, y monstruosas combinaciones de partes que no están, ni pueden estar reunidas en la naturaleza, ni forman un todo regular. Estos fantásticos seres criados por una desarreglada imaginacion, son cabalmente la cabeza humana unida al cuello de caballo con plumas de varios colores, de que habla Horacio.

Pintura de persona ficticia.

Así se llaman los seres morales y abstractos, como las virtudes, los vicios, la fama, el deleite, etc., cuando les damos cuerpo ó los personificamos. Tal es la bellissima pintura de la *Fama* en Virgilio, lib. IV de la *Eneida*, y tal esta de la *Envidia* en Ovidio (lib. II de los *Metamorfóseos*).

*Pallor in ore sedet, macies in corpore toto;
Nusquam recta acies; libent rubigine dentes;
Pectora felle virent; lingua est suffusa veneno;
Risus abest, nisi quem visi movere dolores.*

Pálido rostro, cuerpo descarnado,
Atravesada vista, negro diente,
Hiel en el corazon, lengua bañada
En veneno mortal, risa ninguna;
Sino cuando se goza y se sourie
Al ver ajenos males y dolores.

Pongamos ahora al lado de esta concisa y significativa pintura varias de la misma clase que Lope reúne en el libro VII de su *Jerusalen*, y se verá lo que va de un verdadero poeta á un amplificador de frases. Habla del consejo tenido por Luzbel para impedir el arribo de los cruzados á Palestina; y despues de decir que á su voz alzaron la frente los siete pecados capitales, los describe así:

La Soberbia en figura de gigante,
Armada de blasfemias y de voces,
Se le puso colérica delante
Con mil sierpes voraces y veloces.
Cerradas las dos manos de diamante,
La caduca Avaricia los feroces
Miembros movió de un lago de oro ardiente;
Tántalo de ambicion eternamente.

Hermosa, aunque en figura de sirena,
De los pechos abajo cabra informe,
La Lascivia volvió la cerviz, llena
De vivo azufre, al capitán enorme.
La Envidia vil, á quien su propia pena
Le dieron por castigo mas conforme:
Su mismo corazon, por dar oídos,
Apartó de sus dientes carcomidos.

Gruesa, membruda, colorada y fresca,
El vientre grande, la garganta larga,
Se alzó la Gula que entre carne y pesca
A un vaso bacanal la mano alarga.

La frenética furia que *refresca*
Cólera requemada y hiel amarga,
Paró la Ira : y solo la *Pereza*
No levantó del suelo la cabeza.

Omitiendo aquí varias observaciones, que serán mas oportunas en otro lugar, nótese únicamente la falta de gusto con que están escogidos casi todos los rasgos característicos de los vicios, y el tono burlesco con que están trazados algunos de los que pueden convenirles ; jocosidad incompatible con el tono serio, grave y majestuoso de la epopeya. Pero nótese tambien cuán feliz y vigorosa es la última pincelada,

« y solo la *Pereza*
« No levantó del suelo la cabeza.

Descripcion de las cualidades morales de un individuo.

Cervántes, en el capítulo XIII, parte I del *Quijote*, describió así las de Grisóstomo. *Este cuerpo, señores* (dice su amigo Ambrosio), *que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de una alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado.* Este retrato, que es bueno en boca de Ambrosio, porque este habla y debe hablar el lenguaje de un estudianton de aquel tiempo, no lo sería tanto en boca del autor y en una obra de otro género, porque parecería dibujado con demasiada simetría y recargado de contrastes estudiados. Pero aun así podría pasar por modelo al lado del siguiente de Balbuena. En el libro III del *Bernardo* quiso hacer el retrato de un tal Altravicio, personaje que no vuelve á parecer en todo el poema ; circunstancia por la cual, aun estando bien hecho, era inútil é inoportuno. Pero es como todas las descripciones suyas que ya hemos visto, y otras muchas que pudieran citarse. Dica así :

Venia en el servicio del rey Casto,
Altravicio, un *fantástico* mancebo,
De *aguda presuncion*, de ingenio vasto,
De *antiguas* vidas un *archivo* nuevo :
Momo de habilidades, cuyo pasto
Fué siempre decir mal, y de este *cebo*

Sacó por *menor* paga y *mayor* mengua
Dos *riendas* en la *cara*, y no en la *lengua*.

Autor de *extraordinarias* opiniones
Vano, hablador, *baraja* de *porfias*,
Tan lleno de *razon* y de *razones*,
Que venciera con ellos un Goliath,
Adulador, *quimera* de *invenciones* ;
Y *por dar* en privado aquellos dias,
Y fingirse *algo* alli donde era *nada*,
Al rey acompañaba en la *jornada*.

Sobre semejante retrato nada hay que decir. Cualquiera ve que en todo él no hay mas rasgos buenos que cuatro, *de ingenio vasto, vano, hablador, adulador*, que todo el resto es detestable, y que escribir de esta manera, no es como quiera no saber retratar las cualidades intelectuales y morales de un hombre, es no tener sentido comun. Fácil sería demostrar que todas las expresiones notadas con letra bastardilla son de pésimo gusto ; pero esto sería malgastar el tiempo : ellas mismas lo están diciendo.

Descripcion de las cualidades morales, no de un individuo particular, sino de una clase entera.

El griego Teofrasto escribió una obra entera sobre varios de estos caracteres morales : los veinte y ocho que nos quedan están trazados con maestría, y escritos con aquella sencillez y naturalidad que admiramos en los escritores griegos del buen tiempo. La Bruyere, el primero que entre los modernos publicó una obra de la misma naturaleza y con el mismo título, tiene muchos rasgos felicísimos, y que prueban un gran conocimiento del corazon humano ; pero en general hay demasiada sutileza y poca naturalidad en sus largas descripciones. Como estos caracteres, trazados de propósito, son bastante extensos, daré para muestra algunos mas breves tomados de escritores nuestros. Cervántes, por ejemplo (en la *Galatea*), dice del zeloso : *En siendo el amante zeloso ; conviene que sea, como lo es, traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado. Y á tanto se excede la zelosa furia que le señorea, que á la persona que mas quiere, es á quien mas mal desea. Querria el amante zeloso que solo para él fuese su dama hermosa, y fea para todo el mundo : desea que no tenga ojos para ver mas de lo que él quisiere, ni oidos para oir, ni lengua para hablar ; que sea retirada, desabri-*

da, soberbia y mal acondicionada : y aun á veces, apretado de esta pasion diabólica, desea que su dama se muera.. Cualquier sombra le espanta, cualquiera niñería le turba, y cualquiera sospecha falsa ó verdadera le deshace.

En el *Hipólito y Aminta* de D. Francisco Quintana se dice, que los vanagloriosos son aquellos á quienes el viento de la jactancia levanta sobre sí mismos ; los que procuran que injustamente los veneren ; los que favorecen á los aduladores ; los que quieren enseñar, cuando para sí no saben ; los que intentan ser tenidos por doctos en lo que no entienden ; los que se huelgan de que se crean de ellos cosas grandes ; los que en las palabras son tan graves que se escuchan ; los que son en prometer veloces y en dar limitados, etc.

Acerca de estos caracteres se debe prevenir lo mismo que de los retratos de los individuos se dirá en otro lugar, á saber, que deben ser muy verdaderos ó fielmente copiados de la naturaleza, no de pura imaginacion ; y que las facciones, por decirlo así, de la clase retratada sean de tal modo las suyas, que no puedan convenir á otra. El último que he citado tiene algun defecto en esta parte. No así el siguiente de Saavedra, en sus *Empresas*, en el cual hace el retrato moral, no de un individuo ó clase particular sino del hombre en general. Ya se deja entender que de los vicios y defectos comunes de que habla, son excepciones honrosas los hombres virtuosos que saben refrenar sus pasiones. Es, dice, el hombre el mas inconstante de los animales, á sí y á ellos dañoso. Con la edad, la fortuna, el interes y la pasion se va mudando... Sabe disimular y tener ocultos largo tiempo sus afectos : con palabras, la risa y las lágrimas encubre lo que tiene en el corazon ; con la religion disfraza sus designios, con el juramento los acredita, y con la mentira los oculta. Obedece al temor y á la esperanza ; los favores le hacen ingrato, el mando soberbio.... Escribe en cera los beneficios que se le hacen ; las injurias recibidas, en mármol... El amor le gobierna, la ira le manda. En la necesidad es humilde y obediente ; y fuera de ella arrogante y despreciador. Lo que en sí alaba ó afecta, le falta. Se juzga fino en la amistad, y no la sabe guardar. Desprecia lo propio, y ambiciona lo ajeno. Cuanto mas alcanza, mas desea. Con las gracias ó acrecentamientos ajenos le consume la envidia. Ama en los demas el rigor de la justicia, y en sí la

aborrece. Este cuadro es verdadero, y está enérgicamente dibujado. Solo fatiga un poco leer de seguida tantas cláusulas breves, cortadas y simétricas ; pero este es el carácter, ó por mejor decir, el defecto general del estilo de Saavedra.

ARTÍCULO II.

Enumeracion.

Por los varios ejemplos que he citado de toda clase de descripciones, ha podido verse ya que estas se hacen, ó enumerando simplemente las partes, cualidades y circunstancias del objeto, ó diciendo ademas algo de cada una de ellas. Mas como se pueden enumerar tambien cosas que no sean rasgos descriptivos, y decir algo de cada una de ellas ; se han considerado estas dos formas como distintas de la descripcion, y se distinguen con nombres particulares. La simple enumeracion se llama *enumeracion de partes* ; la enumeracion acompañada de afirmaciones ó negaciones sobre cada una de las cosas enumeradas, *distribucion*.

Simple enumeracion.

Tal es entre otras de Ciceron la que en la segunda *Catilinaria* hizo de todas las gentes de mala conducta que eran amigos de Catilina ; dice así : *Quis totá Italiá veneficus ? quis latro ? quis sicarius ? quis parricida ? quis testamentorum subjector ? quis circumscriptor ? quis ganeo ? quis nepos ? quis adulter ? quæ mulier infamis ? quis corruptor juventutis ? quis corruptus ? quis perditus ? qui se cum Catilinâ non familiarissime vixisse fateatur ?* « Qué envenenador hay en toda Italia, qué salteador de caminos, qué asesino, qué parricida, qué falsificador de testamentos, qué estafador, qué disoluto, qué disipador, qué adúltero, qué mujer infame, qué corruptor de la juventud, qué joven voluptuoso, qué hombre perdido, que no confiese haber vivido con Catilina en la mas íntima familiaridad ? » No he traducido literalmente *ganeo* y *nepos*, porque los términos que exactamente les corresponden en castellano, son bajos.

Cervantes hace en el prólogo del *Quijote* una muy buena enumeracion de las circunstancias que favorecen á un escritor, para que sus obras sean perfectas, y de que él carecia cuando compuso la suya, hallándose, como se hallaba, en una cárcel:

donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion. El sosiego, dice, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para que las Musas mas estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla y de contento.

No es de este gusto una enumeracion de Lope en el libro IX. de la *Jerusalen*. Contando cómo el mágico Majadal intentó impedir á los Cruzados el desembarco en Palestina, poniendo á la entrada del puerto de Jope un barco lleno de animales ponzoñosos, no perdió la ocasion de lucir su erudicion; y así, despues de haber dicho, que Majadal

..... con cien esclavos parte
Al monte de Seniz y Antipatrida,
En cuya sierra y campo los reparte,
Ya con encanto, ya con red tendida,
Para que con industria, ingenio y arte
Toda serpiente venenosa asida,
Hinchesen un navío, que la entrada
Estorbara á Ricardo y á su armada :

en lugar de pasar inmediatamente á referir que así se hizo, y cómo los cristianos superaron este obstáculo, lo cual hubiera sido saber contenerse en los límites que prescriben las reglas mas comunes de toda narracion; se detiene á darnos la siguiente lista de todos los animales venenosos que se conocen, y aun de muchos que nunca han existido sino en el país de las fábulas, y dice :

Áspides, sapos, quencris, sipedones,
Y de Rindaco sierpes voladoras;
Viboras, hemorroidas, icneumones,
Modites, de la arena moradoras;
Pórfiros indios, hepas y dragones;
Salpingas, de la trompa imitadoras;
Con doblada cabeza anfesibenas,
Y salamandrias de veneno llenas.

Dipsas y equidnos de cruel terreno;
Natrices, crocodilos, angos, faras;
Las culebras que dejan el veneno
Antes que beban en las fuentes claras;
El canero ponzoñoso, de piés lleno;
Los jáculos que vuelan como jaras,
Los que el amor inspiran, los esquincos
Que por los prados van corriendo á brincos;

Las cerastas que engañan á las aves,
Viboras, esteliones y quelidros;
El basilisco, á quien las sierpes graves
Huyen; los veneniferos enidros.

Qué insufrible pedantería!

De la misma clase, pero mucho mas desatinada, pedantesca é indecente, es una de Balbuena en el libro XVIII del *Bernardo*, cuando al describir la cueva del mágico Tlascalan, hace un inventario de todas las baratijas que habia en ella. No la copiaré por demasiado larga, como que tiene nada ménos que sesenta y cuatro versos; porque hay en ella expresiones que ni aun como cita pueden entrar en esta obra, y porque para muestra del gusto de su autor en materia de enumeraciones basta la ya citada de Morgante. El que tenga estómago y paciencia puede leerla en el original, y verá que desde que Apolo es Apolo y las Musas Musas no se ha escrito jamas en ninguna lengua cosa de tan depravado gusto. Y lo mejor es que al catálogo de los utensilios mágicos sigue inmediatamente otro de las piedras preciosas que adornaban la cueva, ocupa siete octavas, y, si cabe, es peor que la antecedente, por los errores vulgares que contiene acerca de las virtudes ocultas y milagrosas de ciertas piedras.

Enumeracion con distribucion.

Esta, como he dicho, añade á la simple enumeracion el afirmar ó negar algo de cada una de las cosas que se enumeran. Así Ciceron, enumerando irónicamente en la oracion *pro Milone* todos los que habian sentido la muerte de Clodio, dice de cada uno cosas distintas. Estas son sus palabras : *P. Clodii mortem æquo animo ferre nemo potest: luget senatus, mæret equester ordo, tota civitas confecta senio est, squalent municipia, afflictantur coloniæ; agri denique ipsi tam beneficum, tam salutarem, tam mansuetum civem desiderant.* « Inconsolables están todos por la muerte de Clodio : llora el senado, el órden ecuestre está lleno de tristeza, « y la ciudad entera traspasada de dolor; los municipios se « visten de luto, las colonias se afligen, y los campos mismos « echan de ménos á tan benéfico, tan útil y tan pacífico ciudadano. »

Cervántes tiene tambien una buena distribucion en el capítulo II, parte I. cuando dice : *Hechas pues estas prevenciones no quiso* (D. Quijote) *aguardar mas tiempo á poner en*

efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar, y deudas que satisfacer.

Para emplear con oportunidad estas dos formas, téngase presente que la distribucion supone mas tranquilidad en el que habla, y la simple enumeracion cierto grado de viveza y movimiento en la fantasía. Las circunstancias indicarán al escritor cuál de ellas deberá preferir en cada caso, como tambien si convendrá ó no individualizar una idea general, enumerando las particulares que comprende, porque esto, si se hace sin discernimiento, conduce al estilo difuso ó asiático. Este es, se puede decir, el defecto capital de casi todos nuestros poetas. En cogiendo entre manos un pensamiento que abraza una serie de ideas, ó un todo compuesto de muchas partes, no paran hasta haber individualizado prolijamente aquellas, ó haber hecho de todas estas una fastidiosa enumeracion.

CAPITULO II.

DE LAS FORMAS PROPIAS DEL QUE RACIOCINA Ó DISCURRE.

No se comprenden bajo este título las formas lógicas del raciocinio, conocidas en las escuelas con los nombres de *silogismo*, *entimema*, etc. Aquí se trata de las formas oratorias que emplea para presentar sus pensamientos un hombre que discurre tranquilamente, y quiere mas bien instruir á los que le oyen que conmoverlos é inflamarlos. Fácil es conocer que en este caso coordina simétrica y paralelamente sus ideas, *oponiendo unas á otras las que son contrarias; concede en parte é hipotéticamente lo mismo que se disputa, para probar que aun concedido no le perjudica, hace reflexiones sobre los hechos de que trata; insiste sobre aquellos pensamientos que le parecen mas interesantes, variándolos, extendiéndolos é ilustrándolos; observa escrupulosamente la gradacion de las ideas, y las coloca en la debida progresion; pica, por decirlo así, la curiosidad de sus oyentes, y ejercita su inteligencia con inesperadas y aparentes paradojas; compara unos objetos con otros, haciendo sentir lo que tienen de semejante; siembra su discurso de dichos graves y sentenciosos; previene las objeciones que se le pudieran hacer; y dice ex-*

presamente que *va a pasar* de un punto á otro, ó á *interrumpir* el que habia comenzado, ó á *volver* al que habia interrumpido. A estas varias maneras de presentar los pensamientos han dado los retóricos escolásticos los doctos nombres de *Antítesis*, *Concesion*, *Epifonema*, *Expolicion*, *Gradacion*, *Paradoja*, *Semejanza ó Simil*, *Sentencia*, *Prolepsis*, *Transicion*, *Reyeccion* y *Revocacion*. Y aunque el saber estos términos técnicos y las puerilidades que bajo estos títulos se enseñan en las Retóricas vulgares, de nada sirve en la práctica, no sucede así con algunas muy juiciosas observaciones que han hecho los buenos críticos sobre el modo y la ocasion de emplear cada una de estas formas. Las expondré pues, conservando los términos técnicos ya indicados.

Antítesis.

Esta palabra griega significa literalmente *contraposicion*, y por eso se llama así con toda propiedad *la forma que tiene el pensamiento cuando se contraponen unas á otras ideas contrarias; ya estén expresadas por sola una palabra (1) ya por una frase entera.*

Son tantas las acciones y cualidades contrarias, esto es, que se excluyen una á otra, como *amar* y *aborrecer*, *temer* y *esperar*; *rico*, *pobre*; *vivo*, *muerto*; *duro*, *blando*, etc., que es imposible que no ocurran con frecuencia sus ideas. Pero como el detenerse á contraponerlas una á otra simétricamente, para que resalten mas, supone que el que habla, se halla en un estado tranquilo que le permite observar esta contraposicion y hacerla observar á los otros; es menester, por regla general, no emplear estos formales contrastes en los pasajes patéticos, ó cuando se supone muy acalorada la imaginacion de aquel en cuya boca se ponen. No se ha de entender esto tan literalmente, que si alguna vez la naturaleza misma del pensamiento pidiere esta contraposicion, deje de hacerse aun en medio del fogoso lenguaje de la imaginacion y las pasiones. Lo que se previene es únicamente, que por lo comun esta forma es mas propia del razonamiento y de la reflexion; y sobre todo que en cualquier pasaje en que se halle, sea natural y no buscada con demasiado estudio. Así es muy oportuna, y nada

1. Como cuando dijo Ciceron — La licencia ha vencido al pudor, la audacia al miedo, la demencia á la razon, etc. Tambien puede envolver tódo un pensamiento, v. g. — Orgullo y hajeza, fuerza y debilidad, grandeza y humildad, tal es el hombre.